

Cuando «los nacionales» tomaban una población sonaban las campanas de la parroquia y «los frailes» (así se llamaban a los del Sagrado Corazón) nos daban fiesta inmediatamente y llenábamos la Alameda con nuestros juegos. (Esto era un buen recuerdo de guerra y que por supuesto entraba entre los trucos del servicio de propaganda para hacernos gratas sus victorias). La Alameda era entonces un lugar magnífico, frente a los frailes, con unos gigantescos castaños de Indias y por cuyo límite norte discurría el río Oyarzun, encajonado entre unos pretiles, remontados por una barandilla de hierro, rota en muchos puntos. Roturas que un día me costaron un súbito chapuzón, cuando más emocionados estábamos, hundiéndose gabarras de papel...

Recuerdo en Castaño, el cuartel de «Todo por la Patria» y los «batallones de trabajadores» que hacían (de hormigón) la carretera nacional. Eran buena gente (¡cómo no iban a serlo!), pero tenían la condición de presos y «rojos» y se tenía un cierto reparo en confraternizar con ellos, al menos la gente mayor le echaba cierto misterio a la cosa.

Y luego, al crecer, te das cuenta de que has recordado lo bueno o divertido; como niño de familia en que no se mentaba el tema político. Pero cuántas realidades diferentes: Mi tío Emilio, muerto a sus diecinueve años, de un tiro, el primer día que llegó al frente, en

Vizcaya, con un batallón de gudarís. Y cuántos otros niños que vieron sacar a sus padres de casa, bajo la amenaza horrible de una pistola... O como me recordaba esta semana «una niña» (hoy cincuenta y cinco años), que las balas les entraban en el caserío procedentes del fuerte de San Marcos y la que atravesó la falda de su madre cuando escapaban... y los muertos caídos de bruces en la erreka, a los que volteaban con el pie para verles la cara...

Así, de mayor, la guerra es un poso amargo que tarda en secarse. Oyes a mucha gente diciendo «cuando esto dé la vuelta...». Y ves los que regresan de Francia... y no ves los que no regresan de ninguna parte porque nunca podrán regresar... y los que ni siquiera tendrán una lápida, como mi tío Emilio. Y años estudiando Historia en libros apañados para que no se te borre: «los rojos... malos». Y más tarde los alemanes: nazis; los Aliados: buenos. Los Americanos: los paladines de la libertad... Y recuerdas los viajes a Francia para comprar en secreto los libros del Ruedo Ibérico...

Han pasado cincuenta años. A nuestros hijos, la guerra civil ni les dice nada, ni parece interesarles que se la contemos. Pero una pregunta me preocupa: si ni los padres de nuestros padres, ni nuestros propios padres, pudieron enseñarnos el «no matarás», ¿cómo vamos a poder enseñarlo a nuestros hijos si todavía seguimos jugando a las guerras de verdad?...

MEMORIA DE UNA RENTERIA LEJANA

SANTIAGO AIZARNA

Por la calle Viteri—¡corazón!—se aureola la memoria de esta Rentería de mis años infantiles, zozobra de lecciones mal aprendidas, pugnante y pungente acoso de una lengua que se resiste, Gramática de Edelvives que nos habla del artículo y del adjetivo y del pronombre y de los verbos, mácula de la Aritmética de G. Bruño en nuestras limpiadas y vírgenes mentes, páramos de Geografía siempre inconclusa, gestos siempre arriscados de Historia tenaz... Pero había un libro en nuestra bolsa de materiales que me encandilaba. Quisiera encontrar desde el aquí de esta edad—vuelo de alternativas y posibilidades retazadas—la soberana elipsis de aquella otra, la parábola ambiciosa de una imaginación en ciernes que siempre logra atar y fundir, sin nunca confundir, dos dimensiones perplejas: la maravilla del soñar y el gozo de tocar este sueño. En ese libro de que hablo, lecciones de cosas y de la naturaleza, se caminaba por el alto sendero de las iluminaciones intuitivas, balancín de aventuras espirituales que se proponen, senderos de una tierra ignota y misteriosa y en donde bullen la magia de los hombres y de las cosas, de la flora y de la fauna, de las mil proyecciones del cosmos, pioneros de tierras vírgenes, conquistadores, piratas..., todo aquello que en la imaginación cobra reverberos de maravilla, Amundsen explorando el polo, piratas de distintas épocas y calañas (desde Barbarroja y Dragut a Morgan y Drake pasando por el capitán Kidd y Mary Read), reyes, déspotas, esclavos, tiranos, una luz de lo insólito brillando en la oscura cotidianeidad de un muchacho que sólo contaba con la potencia de soñar y la posibilidad de leer...

Es una Rentería de plurales guiones la que se nos propone a la evocación. De la calle Viteri—¡corazón!—surge la gloriosa fanfarria del tranvía blanco que, por gala y juego, por servicio y retozo o acaso porque se le quiere encerrar y pide salida, da una vuelta casi plenamente circular por la Alameda y como que se encabrita queriendo ganar la libre promesa de la carretera, mientras desde el otro lado le ven alejarse aquellos bancos de alicatados, violeta publicitaria de aguas minerales, parada y partida de autobuses, humos dormidos en la quieta altura del valle, pregón del río en las pituitarias desprevenidas, y más allá, también sobre el río que renquea entre desmontes, el parque rústico o salvaje que alguna vez al año amanece de castañas pilongas, geografía de juegos para la bizarra travesura de los muchachos, crecida dimensión de posibilidades para jubilados que, mirado todo desde la distancia, parece que no existían, tiempo de jubilados en el presente por cualquier rincón de la convivencia, esquinas de calles como asaltos, quioscos sin

música y con prensa, surtidores de agua, mamás que hilan el jersey en el punto de las charlas insustanciales...

Barzonea a medio metro del asfalto, cálido de sus efluvios, un viento sureño algo pirata. Se anima la farándula multitudinaria y se estremece la patulea colorista de las gentes...

Todo lo ve el niño rural con ojos en donde la admiración puntúa las góticas farolas del prodigio nunca visto. Y, como una respuesta bronca de su marginación, arranca del pedal que duerme bajo sus pies una magia de velocidad pura. Será en adelante una brizna de recuerdo que se le habrá quedado prendido en el almacén de los encantamientos.

Algo de esa Rentería mágica, crisol de gentes, hervor de trabajos, andanzas de escolar, me queda en la rememoración. Tan remoto este recuerdo que casi sería imposible reconocerlo en la Rentería de hoy, siendo la misma. Porque si algo cambió la esquina, el rincón, los árboles, los comercios, mucho más ha cambiado este ojo que la vio y la ve, imágenes que se yuxtaponen pero que no se ajustan, recuerdos que nos quieren enviar a una lejana región de ecos que nos cuesta interpretar, porque en eso consiste la vejez acaso, en ver que lo cierto se vuelve confuso, lo conocido en ignorado, lo amado en indiferente, lo poseído en desligado, la alegría en tristeza, el presente en nostalgia...

Por el filo de hace cincuenta años conoci esta Rentería que evoco. En un primer momento acaso no fue para mí otra cosa toda ella, que una inmensa fábrica de galletas; luego, según mis necesidades de ella, una escuela, una peluquería a cuyo suelo iban a parar mis gudejas de niño, unos sabrosos pasteles como pago a este sacrificio, el largo itinerario de una primavera asomada al camino de nuestras bicicletas familiares...

Seguramente hay mucho camino recorrido de aquella Rentería a la de hoy, más urgida en prisas, más crecida en gentes, más desarrollada en comercios...

Acaso, ni siquiera es posible verla recibiendo la marea del trabajo, la esperanza de la miseria, la ambición de los brazos que no quieren rendirse ante el esfuerzo...

Habría mucho que contar de un pueblo que creció y se desbordó en muy poco tiempo, que sufrió de gigantismo... pero, seguramente, desde esta larga visión de distancias, parece que es mejor evocarla en el silencio, como lugar que sólo al que evoca le pertenece...